
Agricultura campesina y migración: El impacto de un cultivo comercial en un pueblo de migrantes

Luis Miguel Rionda
El Colegio de Michoacán

La migración hacia los Estados Unidos se ha convertido en una estrategia muy socorrida por los campesinos mexicanos para allegarse recursos que garanticen su supervivencia y la de su familia. El campo mexicano ha sido el perpetuo abandonado de la política económica estatal. Desde tiempos coloniales, la labor agrícola ha financiado el desarrollo del resto de las instancias económicas; entonces era la extracción minera la que se beneficiaba de los bajos precios de los productos rurales básicos objeto, desde ese tiempo, del frecuente control estatal para garantizar el abasto barato a los vitales centros mineros y urbanos. Actualmente, los destinatarios del beneficio son la industria y los sectores terciarios. La agricultura campesina de hoy provee de alimentos, productos y fuerza de trabajo subvaluados al resto del aparato económico, incluso a la otra agricultura, la empresarial y de exportación, la extensiva y capitalizada, que no es más que la expresión del industrialismo en el campo.

La agricultura campesina no da para vivir; por ello el hombre del campo debe buscar el sustento como puede y donde puede. No hay muchas alternativas, pero una de las más populares ha sido el “irse al norte” en busca de dólares. Es el caso de muchas comunidades mexicanas y michoacanas en particular. Desde la primera mitad de este siglo, multitud de campesinos michoacanos, carentes de mejores perspectivas en sus regiones y comunidades de origen, han emigrado masivamente a los Estados Unidos, con papeles o “de alambre”; van a trabajar en el “fil”, en el campo, con el tomate, la fresa, la naranja, la lechuga y muchos cultivos más.

La situación precaria del campesino se ha aunado a la actual crisis nacional. La casi nula capacidad actual de la industria mexicana para absorber la cada vez más abundante mano de obra y las frecuentes devaluaciones de nuestra moneda, han acicateado la migración campesina hacia el vecino país. Por ello, los determinantes de la migración deben ser observados como fruto de una situación estructural y coyuntural adversa al campesino.

El objeto del presente escrito es describir e interpretar la experiencia de un pueblo migrante michoacano, poseedor de ricas tierras donde, hasta hace poco, sólo se cultivaba para subsistir y cuya actividad migratoria le había proporcionado abundantes recursos que lo transformaron radicalmente. La introducción de un cultivo comercial abrió interesantes expectativas, sobre todo en relación con la actividad migratoria: ¿de qué manera influiría el nuevo cultivo sobre la economía comunitaria y familiar? ¿Determinaría una baja en los índices migratorios? Pudiera pensarse que el acceso a nuevos recursos provenientes de la agricultura tuviera un efecto mecánico, inversamente proporcional, sobre la actividad migratoria. Pero la realidad no se presentó tan simple. Comencemos la explicación.

El medio

Copándaro es la comunidad en cuestión, la que pertenece al municipio de Villa Jiménez en Michoacán, del cual es cabecera de tenencia. Se encuentra asentado en la región conocida como la "Ciénega de Zacapu". Es este valle una cuenca cerrada que no disponía de salida natural para sus aguas pluviales y de manantial, por lo que sus partes más bajas, hacia Zacapu y su laguna, constituyeron una ciénega hasta principios de este siglo. Al oeste del valle se encuentra una enorme zona de "malpaís" conformada por lavas volcánicas de diferentes edades, como lo demuestra su vegetación. Ahí existió un importante asentamiento prehispánico que constituyó una de las capitales del imperio purépecha.

Este valle está situado a una altura promedio de 2000 m.s.n.m. La superficie de la ciénega propiamente dicha es de 11 500 has. de tierras fruto de una desecación en los prime-

ros años de este siglo; en ella se encuentra la mayor parte del terreno perteneciente al ejido de Copándaro. Pertenecen éste al distrito de riego número 22, con sede en Zacapu. El riego en la zona se verifica por dos métodos: subirrigación o "humedad" (83%) y gravedad (17%), teniendo ambos como límite la cota 1977 (Alatorre Padilla, 1966: 33). La inmensa mayoría de la tierra de la ciénega está bajo el régimen ejidal de tenencia (95.3%), que usufructúan 3 125 ejidatarios titulares desde el término del reparto agrario en los años cuarenta, aunque ha ido creciendo mucho el número de usufructuarios reales. No han aumentado los titulares porque no ha habido nuevas dotaciones y los derechos ejidales son indivisibles. El promedio general de tierras es de 3.6 has. por ejidatario titular. Sin embargo, en la práctica, las parcelas de los ejidatarios que mueren se han repartido entre los herederos, aunque sólo uno de ellos aparezca como titular de los derechos agrarios. Los pequeños propietarios eran 223 en la ciénega para 1966 y ocupaban el 4.7% de la superficie (540.5 has.) con 2.4 has. en promedio. (Alatorre Padilla, 1966: 34)

El clima es templado moderado húmedo con invierno benigno, CWba en el sistema de Köppen, con una temperatura media anual de 17°C (SARH, 1983). El agua proviene de las precipitaciones pluviales (815.3 mm anuales) y de manantiales en las faldas de los cerros. El sistema de drenaje está bastante desarrollado para evitar las nada raras inundaciones, algunas de ellas desastrosas para la agricultura como la de agosto de 1966. El riego por gravedad en las tierras altas está garantizado por el gasto de la presa Copándaro, de 4 000 000 m³ de capacidad, al noreste de la ciénega. Existe además otra presa a 2 000 metros al norte de la anterior, la Aristeo Mercado —antes Wilson—, con capacidad de - - - - 27 000 000 m³, para fines hidroeléctricos en la planta de "El Botello" (9 000 Kv) de la CFE (Alatorre Padilla, 1966: 34). La presa Copándaro rodea este pueblo por el norte y oriente y se encuentra a tan sólo 350 metros del centro del mismo.

El terreno es muy propicio para la agricultura: la mayoría es negro-chernozem y se compone de sedimentos orgánicos, acumulados durante miles de años de descomposición vegetal y animal en la ciénega. Posee 60% de materia orgánica, con depósitos de más de 7 metros de profundidad en

algunas partes (SARH, 1983).

Las lluvias se concentran de junio a septiembre y las heladas —muy frecuentes en la zona— entre septiembre y abril. Esto condiciona los ciclos agrícolas semestrales: en junio se siembra el maíz de temporal y en diciembre la lenteja, esto sobre el mismo terreno. La suficiente humedad y la excelente calidad de la tierra se conjugan para lograr esas cosechas anuales.

La región tiene tradición maicera. Predomina la variedad “chalco”, que es de riego, y el maíz criollo temporalero. Aquella es más productiva; ésta, en cambio, es más amarilla —aceitosa— y por ello mejor para las tortillas. El “chalco” fue introducido a principios de siglo por “Noriega y Cía.”, autores de la desecación. Esta variedad se encuentra en la actualidad muy mezclada con la criolla; su ciclo es muy largo —7 a 8 meses— pero es muy productiva y resistente. Por lo largo de su ciclo no admite otro cultivo en el año. La planta es alta y da una mazorca chaparra, pero con granos gordos y pesados. Su rendimiento es considerable: de 2 a 4 toneladas por hectárea de riego, con poco fertilizante.

El segundo cultivo en importancia en la región es la lenteja, que se ha venido expandiendo desde hace una docena de años; procede del oriente: de Coeneo de la Libertad. La ciénega ha podido volver a producir dos cosechas al año gracias a ella, aunque su cultivo se limita a las tierras altas, regadas por gravedad. La variedad es criolla, se rota con el maíz temporalero y da un rendimiento de una tonelada por hectárea. Por su alto precio en el mercado es altamente costable. Este es un cultivo comercial de introducción reciente.

Bosquejo histórico¹

La ciénega fue desecada artificialmente, iniciándose las obras a fines del siglo pasado. Las comenzó un licenciado Carranza al construir tres canales al noroeste de la misma, en su salida topográfica, con la finalidad de desecar terrenos de sus haciendas de Zipimeo y Tariácuri, al oeste y sur de Villa Jiménez respectivamente (Reyes, 1982: 38). Pero sería hasta la llegada de la empresa de los españoles “Noriega y Cía.” cuando se efectuaron los trabajos que desecarían defi-

nitivamente 12 661 has. de terreno (*Ibid.*: 43). En ello se trabajó desde 1899 hasta 1907, utilizando maquinaria moderna y financiamiento bancario nacional y extranjero. Como pago, la compañía aceptó la tercera parte de la superficie conquistada al agua (*Ibid.*: 39). Los Noriega reforzarían el sistema hacendario de la región, pero refuncionalizarían el papel que tradicionalmente había jugado la hacienda, haciendo de ella una empresa netamente capitalista (*Ibid.*: 44). Los Noriega formaron con las tierras, que recibieron en pago, la nueva hacienda de Cantabria en el corazón de la ciénega; y pronto se hicieron dueños de la hacienda de Copándaro —en 1914—, a la sazón hipotecada por sus dueños, los hermanos mexicanos González Roa.

La hacienda de Copándaro se encontraba, al ser adquirida por los Noriega, como a seis kilómetros al norte de su ubicación actual. La mayoría de las 7 167 has. que poseía antes de la desecación (Reyes, 1982: 45) se encontraban por ese rumbo, entre los cerros. Luego del drenado le tocaron 1 934 has. de tierras mucho más valiosas que las que había poseído hasta entonces; tanto, que el valor fiscal de la hacienda se multiplicó 8.6 veces (*Ibid.*). Esto hizo que los Noriega, al adquirirla, se interesasen en ubicar la hacienda en las tierras bajas recién alumbradas. Por ello construyeron primero una troje en un paraje que desde entonces se le conoció como “El Jacalón”, que se fue poblando con migrantes de Jaral y Salvatierra. Copándaro viejo fue asaltado y quemado el 3 de mayo de 1917 por las tropas del general Gerardo Montejano, que andaba a la caza de “chinacos” —revolucionarios—. Los hacendados, oportunistas, llamaron a la gente y les prometieron construirles casas junto a la troje, por lo que el pueblo, sobre carretas de bueyes, se cambió en masa a partir del día 4. En 1919 se terminó de construir la casa de la hacienda, que contaba con electricidad y luego con teléfono. El pueblo quedó definitivamente instalado en su nuevo asentamiento y se constituyeron así en verdaderos peones acasillados.

El ferrocarril llegó a la zona en 1901 (Reyes, 1982: 39) y por 1920 se construyó una vía angosta que unía a Copándaro y Tarejero con Cantabria, hasta donde llegaba un ramal de la vía principal. Se habilitó esa vía angosta con plataformas

tiradas por mulas, con las que se sacaba la abundante producción maicera y triguera a Cantabria, para ser de ahí enviada por tren a la ciudad de México. Los Noriega también introducían ganado flaco “colorado mascarillo” de Chihuahua y Texas en los potreros, luego de la cosecha, y ya engordados se enviaban a México. Reyes comenta que había ganado propiedad del Gral. Calles pastando en Cantabria (*Ibid.*: 44).

En 1924 se construyó la presa “Wilson” —hoy Aristeo Mercado— para la planta “El Botello” de la *Guanajuato Power and Electric Company*, a fuerza de chundes y mecapal. Con esta compañía tenían intereses comunes los Noriega, por ello facilitaron el terreno necesario para su presa. Entonces inmigró mucha gente proveniente de Guanajuato, que trabajaba para la compañía. Los Noriega construyeron la presa Copándaro entre 1926 y 1927 para regar las tierras altas; la dotaron de una poderosa planta de bombeo, con cinco bombas alemanas de 20 pulgadas cada una, que en conjunto podían bombear 2.5 m³ por segundo del canal “La Patera” hasta otro canal que desembocaba en la cola de la presa. De esta manera la presa y las cajas de agua de la ciénega garantizaban suficiente líquido para los tres riegos que necesitaba el trigo. Otra obra de infraestructura fue una planta eléctrica en Villa Jiménez, construida en 1916 por los hacendados para que diese energía a sus dos haciendas. Todo ello garantizaba gran productividad. Cuenta don Bernabé Ambriz, hijo de uno de los mayordomos de la hacienda, que en un solo año se sacaron 40 000 cargas de trigo de Copándaro, o sea alrededor de 5 600 toneladas. Tampoco hay que olvidar que coadyuvaba a esa gran productividad la sobreexplotación de los peones, a quienes se pagaba en los años veinte la cantidad de 25 ¢ diarios y 25 litros de maíz a la semana.

Los agraristas comenzaron a “moverles el tapete” a los hacendados desde principios de los años veinte. El líder Hilario Bernal y su compañero Fermín Rivera, seguidores del líder regional Primo Tapia, fueron “venadeados” por la acordada de la hacienda, bajo las órdenes de Felipe Huante, en el paraje de “El Llano” el 10 de enero de 1925, un año antes del asesinato de Primo Tapia.

Se afirma que fue don Antonio Zavala, uno de los pocos revolucionarios activos del pueblo, villista de los de Inés Chávez, quien finalmente consiguió el reparto de la hacienda. Este hombre aseguraba haber conocido en Chicago a los Flores Magón. A su regreso a Copándaro promovió el reparto agrario desde 1927. Sus esfuerzos resultaron infructuosos: el presidente Ortiz Rubio falló en contra del reparto, dado que los copandarenses eran peones acasillados; esto fue en 1931. Afortunadamente llegó el Gral. Cárdenas al poder y cambió la legislación agraria; gracias a ello Copándaro recibió la resolución presidencial afirmativa el 22 de octubre de 1935. La hacienda de Copándaro se repartió entre varios ejidos; el de Copándaro recibió 1 642 has. para 284 ejidatarios, con 1 137 has. de riego y 505 de agostadero. Cada uno de los ejidatarios recibió 4 has. de buena tierra y 1 1/2 de agostadero. La pequeña propiedad quedó aproximadamente en 100 has., parte de las cuales fueron afectadas después. La señora Leonor Noriega, hija de don Alfonso, malbarató 40 has. y otros terrenos que le quedaban cuando hizo su última visita, en 1961. Las 40 has. alrededor del casco fueron vendidas a sólo 7 ¢ el m² como lotes urbanos y pequeñas parcelas: la tercera parte de su valor real.

Cuentan que los Noriega eran dueños también de la colonia Providencia del D.F. y de parte de las acciones del Banco de Londres y México. Doña Leonor todavía es dueña de las bombas —abandonadas hoy— y de 16 has. de terreno, que no ha reclamado. Al cuidador le debe 24 años de sueldo.

Hubo tierras para los campesinos con el reparto, pero no con qué trabajarlas eficazmente. La producción se vino abajo. Se descuidó toda la infraestructura de la hacienda, que además se había fraccionado entre los ejidos. Ya no se tuvo acceso a mercados lejanos y se desperdiciaron fuertes inversiones en maquinaria e insumos. Para los copandarenses la situación siguió igual o peor que antes. Ya para entonces algunos hombres se habían aventurado a emigrar temporalmente al "norte": comenzaron en la segunda y tercera década del siglo, pero el inicio del segundo programa bracero en 1942 inició una verdadera avalancha migratoria en la comunidad. Se había encontrado una vía de escape: con contrato o sin él salió la gente a trabajar en el ferrocarril, los

campos, etc., por toda la Unión Americana. Cierta familia —cinco hermanos— se distinguieron por su actividad propagandista y proselitista que favoreció la migración. Ellos eran pioneros; se instalaron en Oxnard, Cal., y hacia allá se dirigió mayoritariamente el flujo de copandarenses ansiosos de trabajo. Ellos fueron los primeros también en iniciar una nueva modalidad migratoria: llevarse a toda la familia a trabajar, para así ampliar los recursos captados; las mujeres son ahora un nada despreciable porcentaje de los migrantes. La migración fue predominantemente estacional o “golondrina”: cada año van y vienen. Poco a poco el flujo se fue concentrando en California, en el condado de Ventura y específicamente en Oxnard y sus ranchos productores de fresa, tomate, apio, lechuga y otros vegetales. Como la cosecha de la fresa se concentra en unos pocos meses —febrero a junio— fue posible combinar esa actividad con otras, sobre todo la pizca del tomate —agosto a octubre—. Esto les permite regresar a Copándaro a la fiesta de los “Dulces Nombres” —1º de octubre— y la del 20 de noviembre, aniversario de la Revolución y fiesta más importante del pueblo.²

La migración facilitó una gran cantidad de recursos económicos al pueblo. Se invirtieron primeramente en el mejoramiento de las casas y de la comunidad en general y luego —y esto es muy importante— se comenzaron a enfocar a la agricultura, donde se invirtió un nada despreciable porcentaje en compra de tractores, camionetas, aperos, fertilizantes, tierras, mano de obra y gastos de producción, hasta hacer de la agricultura copandarense una de las más tecnificadas de la ciénega en la actualidad.³ La construcción de viviendas ha sido enormemente fomentada por esos recursos: en la comunidad existe 40 albañiles —para 5 500 habitantes— y todos ellos tienen suficiente trabajo, sobre todo entre noviembre y febrero, época de retorno de los migrantes, y entre mayo y junio, la cosecha de la lenteja. Casi no quedan ya casas de adobe y no son raras las casas diseñadas por arquitecto, de tres plantas incluso.

Copándaro se hizo, gracias a esos recursos, de una plaza central con bancas, jardines y alumbrado; una iglesia en que se gastó generosamente: diseño de arquitecto, torre, campanas, reloj y buen amueblado; calles empedradas por los

mismos vecinos; drenaje provisto por ellos mismos; un tanque de agua elevado y otro por inaugurarse; etc. Los propios copandarenses trazaron su pueblo a cordel y le dotaron de calles anchas, pensadas para los vehículos motorizados de los que ya se tenían noticias por los emigrados.

El pueblo hoy

Copándaro posee actualmente una población aproximada de 5 500 personas, incluyendo a los migrantes, quienes representan la mayoría del pueblo. Es una comunidad nucleada y reticular —o sea concentrada y trazada— en su asentamiento. A pesar de ser pequeña posee muchas características plenamente urbanas: electricidad, agua domiciliaria, drenaje, servicio telefónico con 34 aparatos,⁴ calles empedradas, banquetas, plaza central, iglesia, edificio de tenencia municipal, escuela primaria con dos turnos y casi 800 alumnos, secundaria técnica, kinder, 2 canchas de fútbol y 3 de basquetbol, dos lavaderos públicos, un baño público, bodega y tienda CONASUPO, clínica IMSS-COPLAMAR, juzgado de registro civil, salón de consejo de la comunidad agraria, lienzo para jaripeo, etc. Los negocios y comercios son muchos y desarrollados: 22 abarrotes, 3 carnicerías, una tienda de ropa, una bonetería, un salón de belleza, una farmacia, una farmacia veterinaria, dos médicos, tres veterinarios, una dentista, un cine, dos billares, una cantina, tres fondas, tres surtidoras de material para construcción, dos surtidoras de alimentos balanceados y fertilizantes, dos granjas criadoras de puercos y ganado, una refaccionaria, etcétera.

El pueblo se comunica a través de tres caminos principales de terracería: hacia Villa Jiménez, hacia Cantabria y Zacapu y hacia El Durazno y las “pompas” —bombas— de la hacienda. Dos autobuses propiedad de uno de los hermanos que mencionamos arriba hacen la ruta Zacapu-Jiménez-Copándaro cada dos horas. El recorrido total es de 24 kms. y se hace en una hora y cuarto.

El nivel educativo promedio debe ser elevado con respecto al promedio rural, ya que de Copándaro han salido numerosos profesionistas; casi todos ellos viven ahora fuera del pueblo. Una cincuentena de muchachos salen diariamen-

te a clases en las preparatorias de Villa Jiménez, Zacapu e incluso Uruapan; también asisten al CONALEP de Zacapu.

El nivel de vida promedio es bastante aceptable. Casi todas las casas están construidas con materiales modernos; una buena proporción incluyen servicios como baño, calentador, sala, comedor, jardín e incluso cocina integral. De un censo efectuado en 1978 se extrajo la conclusión de que un 34% de las casas poseían 4 ó más habitaciones, y un 64.1% poseía de 3 para arriba. Los muebles modernos, las T.V. a color, los calentadores para el baño, etc., son bastante comunes. (Copándaro, 1978)

La disponibilidad de recursos ha provocado un incipiente e interesante fenómeno: en Copándaro han comenzado a surgir “marginados” desde unos pocos años a la fecha. Se han asentado sobre todo en la franja federal de seguridad al pie de la cortina de la presa. La mayoría son inmigrantes de los ranchos de alrededor, incluso gente del sur del estado de Guanajuato, que se han instalado aquí por la fuerte demanda de mano de obra, fruto de la emigración masiva de la fuerza de trabajo nativa y de los recursos económicos proporcionados por la migración y la lenteja. No poseen estos “marginados” servicio urbano alguno, y sus habitaciones son de cartón, adobe, lámina o block sin amarres. Todas sus viviendas completamente miserables. Copándaro, a pesar de no ser de fácil acceso, ha iniciado su proceso de crecimiento urbano con las contradicciones propias de las grandes urbes modernas, aunque a nivel ínfimo.

Los recursos de los migrantes también fueron invertidos en la agricultura y la ganadería. El trabajo del campo es bastante mecanizado, como habíamos mencionado —51.3 has. por tractor—. La mayoría de los ejidatarios (95%) trabaja sus tierras con maquinaria y todos usan fertilizantes y plaguicidas (Copándaro, 1978).

Génesis del cultivo de la lenteja

El ejido de Copándaro, luego de su creación, siguió cultivando los mismos granos que la hacienda: maíz y trigo, aunque con algo de garbanzo, frijol, etc. Pero lo hizo sin la organización eficaz, las relaciones comerciales ni la infraestructura

productiva y distributiva con que contaba la hacienda. El sistema hacendario fue desarticulado y desorganizado; se desaprovechó mucho de lo ya alcanzado. Por ejemplo, se abandonó el tren de mulas, las instalaciones eléctricas y telefónicas, las bombas alemanas, muchos drenes y canales, las trojes, la maquinaria, las cajas de agua, etc. La producción, al atomizarse en múltiples unidades independientes, ya no tuvo la oportunidad de contar con un comportamiento unitario ante su posterior comercialización. Los hacendados, al contar con enormes volúmenes de producción bajo su control, podían jugar mejor con el mercado y obtener mejores condiciones en localidades tan lejanas como la ciudad de México. La producción decayó durante los primeros años del ejido. Los nuevos dueños de la tierra se encontraron con que su situación no había mejorado mucho al deshacerse de sus patrones; ahora no tenían seguros ni los 50 centavos diarios y 25 litros de maíz semanales que recibían ya en los años treinta. Los ejidatarios no contaron inmediatamente con el capital y la organización suficientes para producir medianamente. Las políticas del estado fueron bastante erráticas hacia el sector agropecuario. Además, se dieron pugnas entre sectores de ejidatarios. Muchos factores dificultaron durante décadas que el ejido alcanzase el nivel productivo de la hacienda.

Los copandarenses se dieron cuenta de que la agricultura difícilmente los sacaría de su postración; a lo más sólo aliviaba sus necesidades más básicas. La migración hacia los E.U. fue adoptada como la mejor vía de progreso personal y solución a una miseria de siglos. Esta estrategia fue adoptada progresivamente por los copandarenses. Otras alternativas, como la migración a las grandes ciudades o el trabajo en la industria, no fueron muy socorridas.⁵ La agricultura capitalista y las profesiones universitarias surgirían como nuevas vías para la siguiente generación, luego del arribo de los recursos de los migrantes y de la mejoría de la infraestructura educativa de la región.

La agricultura, en efecto, se capitalizó progresivamente gracias a la migración, pero no logró consolidar un proceso autónomo de acumulación y autoabastecimiento de capital hasta la llegada de un cultivo que garantizaría adecuados

rendimientos y con ello el fomento de mayores inversiones, tanto en la producción como en la comercialización. La lenteja vendría a jugar este papel.

La lenteja fue introducida en la región por los productores y acaparadores de Coeneo. Se comenzó a cultivar por el rumbo de La Puerta de Jaripitiro; de ahí pasó a Quencio, siguió a El Durazno y finalmente se extendió a Copándaro y a todo el norte y oriente de la ciénega. El vegetal se mostró favorable a este tipo de clima y suelo. Sin embargo, la zona lentejera de la ciénega se limita a las tierras altas, sin demasiada humedad, que se riegan por gravedad. La lenteja significó el volver a obtener dos cosechas al año. El trigo se había abandonado en los años cincuenta porque no era redituable. Desde entonces los copandareños sólo sembraban maíz "chalco", que por su ciclo largo no permite las dos cosechas. Por 1970, un copandareño se decidió a sembrar lenteja en un terrenito ocioso que tenía. Entonces este grano se pagaba entre 1.50 y 2.00 pesos el kg., pero el maíz no pasaba de 40 ó 50 centavos. La "tarea"⁶ se pagaba entonces a \$20.00; actualmente a más de dos mil pesos. Los copandareños fueron adoptando poco a poco el nuevo cultivo, más que nada porque les volvía a garantizar las dos cosechas anuales; la lenteja aún no era cara.

Coeneo fue la cuna del cultivo en la zona. Pero no sólo eso: desde entonces toda la producción lentejera de la región va a parar a manos de cuatro acaparadores de ese pueblo. Estas personas fijan el precio —único para todos— siguiendo las fluctuaciones del mercado. El producto tiene demanda en los centros urbanos y en el extranjero —se habla de E.U. y Japón—. El consumo nacional de ese grano se incrementa mucho en la cuaresma, que es la época en que alcanza su mayor precio. En Coeneo se concentra la producción lentejera de la zona, se lava, se encostala y es recogida por tráileres.

Michoacán es el mayor productor de lenteja del país, con 12 724 has. sembradas y 7 509 toneladas de producción en 1981. Le siguen Guanajuato —4 251 has.— y Querétaro —933 has.— Entre estos tres estados acaparan el 97% de la producción nacional; Michoacán abarca el 69% del total nacional (SARH, 1984a: 161).

El precio al que se consigue la lenteja en los comercios

urbanos es el doble o más de lo que se paga a los productores. En junio de 1985, cuando el precio máximo que daban los acaparadores de Coeneo era de 160 pesos, en las ciudades se vendía a 350-400 pesos el kg. Pero en realidad el precio de la lenteja se ha disparado sólo de unos pocos años a la fecha:

Año:	Precio promedio lenteja:	Precio promedio maíz:
1978	\$ 9.00 kg.	\$ --
1979	\$ 9.00	\$ --
1980	\$ 12.00	\$ 4.50 kg.
1981	\$ 12.00	\$ 5.00
1982	\$ 14.00	\$ 6.55
1983	\$ 100.00	\$ 8.85 ⁷
1984	\$ 115.00	\$ 19.50
1985	\$ 130.00	\$ 30.00 ⁸

En 1983 se sembraron 600 has., en 1984 más de 700 y en 1985 fueron exactamente 727. El ejido cuenta con 1 137 has. de riego, por lo que destina el 64% de su superficie al cultivo de lenteja en invierno y maíz temporalero en verano; el resto se dedica casi exclusivamente al maíz "chalco". El rendimiento promedio de la lenteja es de una tonelada, tanto en esta zona como en todo el país (SARH, 1984a y 1984b). Si tomamos el precio promedio de 130 pesos por kg. para este año, tenemos que el valor de la producción total de la comunidad es de 94.5 millones de pesos, lo cual hace un promedio de más de 335 mil pesos por ejidatario que haya sembrado, como sucede de ordinario, unas 2.5 has. de lenteja. A lo anterior hay que sumar el valor de la paja, que no es despreciable: un montón cónico de unos 2.5 metros de altura vale unos 30 mil pesos y eso es lo que sale de una hectárea; si el ejidatario sembró 2.5 has. entonces debe agregar 75 mil pesos al beneficio económico bruto. La paja es consumida al interior de la comunidad o es comprada por ganaderos de los

alrededores, incluso Zamora, ya que es muy apreciada por su alta capacidad alimenticia. Tenemos que el total potencial y promedio de ingresos por ejidatario titular, resultado de la cosecha de la lenteja, es de 410 mil pesos. En la contraparte, los costos de producción por hectárea fueron:

Barbecho	\$ 7 000.00 (tractor)
Siembra	\$ 1 000.00 (un peón)
Semilla	\$ 13 000.00 (cien kilos)
Rastreada	\$ 3 000.00 (tractor)
Fumigadas	\$ 6 000.00 (tres, que incluyen mil pesos del jornal de un peón y mil pesos de un litro de fumigante).
Corte	\$ 20 000.00 (dos mil por cada tarea)
Acarreo	\$ 10 000.00 (dos viajes de camioneta, más peones que las carguen).
Trilla	\$ 3 500.00 (250 pesos por bulto de 70 kg. Una hectárea da 14 bultos).
Peones de trilla	\$ 3 000.00 (tres a mil pesos c/u)
TOTAL	\$ 66 500.00 por hectárea

No olvidemos que en la realidad no se gasta tanto dinero, ya que el agricultor ahorra al emplear su propia fuerza de trabajo y la de su familia; también si posee tractor, camioneta, animales y aperos. Pero el cálculo de la inversión debe incluir todos los aspectos. Tenemos entonces que por cada peso que se invierte en el cultivo de la lenteja se obtienen 2.5, es decir que rinde un 150% de utilidades en sólo seis meses. La lenteja es un cultivo comercial de alta rentabilidad, pues supera fácilmente las más altas tasas de interés bancario ofrecidas en esta misma época (65% *anual*). Las ganancias de la lenteja equivaldrían a un salario mensual, durante esos seis meses, de más de 40 mil pesos; alto, si tomamos en cuenta que el salario mínimo para el D.F. entonces era de poco más de 30 mil pesos. Aún más: si reconocemos que el campesino no contabiliza la mayor parte de sus costos de producción, sobre todo si los costeó con trabajo familiar, uso

de su maquinaria y sus animales, la cantidad "real" que el campesino recibe de la lenteja es mucho mayor.

Para formarnos una mejor idea de la redituabilidad capitalista de la lenteja debemos compararla con el maíz. El rendimiento promedio en una hectárea sembrada de maíz "chalco" es de tres toneladas (SARH, 1983); el maíz temporalero, que se alterna con la lenteja, rinde 1.5 toneladas. La lenteja se ha expandido sobre el maíz "chalco", por lo que la producción de éste ha descendido cada vez más. El "chalco" debe recibir dos o tres riegos para que se logre. Su ciclo es muy largo: 150 días, de marzo a agosto, por lo que es difícil combinar su cultivo con alguna otra especie en invierno. El maíz temporalero es de ciclo corto: 90 días, entre junio y septiembre, lo que permite un mejor manejo. Un ejidatario que destine 2.5 has. a la lenteja es casi seguro que dedicará la mayor parte de esa misma superficie al maíz temporalero; el resto de sus tierras —1.5 has.— las ocupa con el "chalco". Pero una cosa es segura: todas sus tierras las sembrará de uno u otro maíz, aunque obteniendo rendimientos diferenciales. Las 2.5 has. lentejeras, que sembrará luego con el temporalero, le darán una producción total promedio de 3.75 toneladas de maíz. El "chalco" le producirá 4.5 toneladas. Recientemente se han comenzado a sembrar de maíz "chalco" las 505 hectáreas de pastizal que posee el ejido al norte de la presa. Estas tierras se abrieron al cultivo en 1983 por parte del programa húngaro-mexicano para ensayar nueva tecnología para maíz temporalero; el programa "AGROBER" sólo duró dos y las tierras fueron devueltas. Los copandarenses han introducido ahí el "chalco" con buenos resultados, regando con aguas bombeadas de la presa Wilson. A cada ejidatario le correspondió una superficie de 1.8 has., que se sumaron a las 4 que ya tenían. En base a esto, calculamos que cada ejidatario titular puede cosechar al año alrededor de 12 toneladas de maíz. El precio de garantía para el segundo semestre de 1985 es de 33 350 pesos la tonelada. Esto quiere decir que esas doce toneladas representan un potencial beneficio económico bruto de 400 mil pesos. Tenemos que 5.8 has. sembradas con maíz, aportan menos que sólo 2.5 has. de lenteja, a pesar del menor rendimiento de ésta. Una hectárea dedicada al maíz "chalco" da entradas brutas por

100 mil pesos, ya que sólo da una cosecha anual. En la contraparte, una hectárea dedicada a la lenteja y al maíz temporalero produce 180 mil pesos brutos. Veamos ahora los costos del “chalco”:

Barbecho	\$ 7 000.00 (tractor)
Siembra y “pisada”	\$ 7 000.00
Escarda	\$ 3 500.00
Fertilizantes	\$ 5 600.00 (8 bultos a 700 pesos)
Riego	\$ 750.00 (tres a 250 pesos c/u)
Peones para fertilizar y regar	\$ 7 000.00 (un peón por dos días en cada riego y un peón para fertilizar)
Asegundada	\$ 3 500.00 (yunta)
Chaponeada	\$ 5 500.00 (los peones cobran mil pesos por cada ocho surcos; una hec- tárea tiene 44 surcos de .82 × 277 m)
Cosecha —pizca—	\$ 11 000.00 (se cobra mil pesos cada cua- tro surcos)
Transporte	\$ 660.00 (Se cobra 15 pesos por anega; una hectárea produce unas 44 anegas, una por surco)
Desgrane	\$ 8,800.00 (200 pesos la anega)
	<hr/>
	\$ 60 310.00 por hectárea

Los gastos son aproximadamente los mismos en el maíz y en la lenteja, pero el rendimiento de ésta es inferior en peso y superior en redituabilidad. Sí es negocio.

Cada peso que invertimos en el maíz “chalco” nos da una ganancia de 1.66; es decir, proporciona un interés del 66% en todo un año. Esta tasa es casi igual a la más alta ofrecida por el banco. El ejidatario promedio siembra 1.5 has. de este grano, pero porque no le queda más remedio: esas tierras son demasiado húmedas para otra cosa. Si ese mismo ejidatario sembrase todas sus 4 has. con “chalco”, lograría un beneficio bruto anual de 400 mil pesos; mientras que sembrando, como lo hace, 2.5 has. con lenteja y temporalero,

más 1.5 has. con “chalco”, obtiene 600 mil pesos brutos.

Vemos así cómo la lenteja puede clasificarse fácilmente entre los cultivos comerciales de alta reutilización, propios de una agricultura de cánones capitalistas. Con la combinación lenteja-maíz temporalero-maíz “chalco”, el campesino copandareño, poseedor de sus 4 has. reglamentarias, puede asegurarse un beneficio neto anual de alrededor de 300 mil pesos por lo menos, lo que hace unos 25 mil mensuales. Poco, si lo comparamos con el salario mínimo urbano, pero aceptable para los bajos ingresos del campesinado mexicano.

Es por ello que los copandareños quieren sustituir definitivamente al maíz. Una opción ha surgido recientemente: el sorgo. Desde unos diez años a la fecha ha cobrado gran auge la cría de lechones para los intermediarios de Puruándiro, surtidores de La Piedad. Un lechón al destete —45 días— se cotizaba a mediados de 1985 entre 6 y 8 mil pesos, según la demanda y el estado del animal. Una cerda de cría puede traer tres camadas al año, con un promedio de seis a ocho lechones. Muchas familias se han hecho de cuatro o cinco vientres para redondear su economía doméstica. Cada vez son más los que se dedican profesionalmente a la cría de lechones, con 50 ó más vientres. Esto ha ido creando una fuerte demanda de alimento para cerdos y del grano básico para su alimentación: el sorgo o “maíz milo”. Esos criadores, la mayoría pequeños propietarios, han sembrado 35 has. con tres variedades del grano, para probar cuál se adapta mejor al medio. Todo el pueblo está expectante, pues el resultado se sabría hasta finales de 1985 —posteriormente a la redacción de este artículo—. Si “prende” el experimento, el maíz de temporal tiene sus días contados; tendrá que dar paso a la pareja lenteja-sorgo, conjunción prometedora de cultivos comerciales.

La lenteja se siembra a mediados del mes de noviembre. Coincide con el regreso de los migrantes, quienes así pueden supervisarla directamente, aunque luego dejen encargado a algún pariente o amigo. Es bastante resistente a las heladas. Se cosecha a mano, pues no es posible trillarla en pie; esto se hace entre abril y mayo. Se le deja 15 días secando *in situ* y se le transporta a un patio comunitario de trilla. Copándaro es el único pueblo en la región que hace de la trilla una activi-

dad comunitaria. Es una auténtica fiesta popular. No hay trilladoras en la comunidad; se contratan unas del Cerrito Colorado, cerca de Zamora; éstas son siempre de modelo antiguo, accionadas por un pequeño tractor, que también es su medio de traslado. En 1984 se cobró a 150 pesos el costal trillado —70 kg.—; en 1985 ya eran 250. Una tonelada son 14 costales. Para efectuar la trilla se contrata mano de obra que amontone, palée y encostale. La lenteja ocupa mucha fuerza de trabajo, ya que la mayor parte de sus procesos deben hacerse a mano. Pero la mano de obra escasea siempre para la época de la trilla —mayo—, ya que todos los migrantes están en el norte. Debe entonces utilizarse a mujeres, niños y viejos, pues los pocos hombres se dan el lujo de cobrar caro. Un peón puede ganarse en un día de tres a cuatro mil pesos en esa temporada. Por lo caro de la mano de obra, todos los agricultores emplean a toda su familia y amistades: en la trilla se puede ver a la esposa embarazada paleando y barriendo, al abuelo con el “vielgo” y a los nietos amontonando. Algunas gentes se han organizado en grupos de ayuda mutua para amortiguar los grandes costos de la trilla; unos a otros se ayudan con su trabajo y sus camionetas, sin cobrar-se un centavo. La falta de brazos permea el ambiente de la trilla. En esta época muchos inmigrantes temporales o permanentes son atraídos hacia Copándaro: de los pueblos tarascos como Azajo vienen cuadrillas de 10 a 20 hombres y mujeres a ofrecer sus servicios; tampoco faltan los hombres y mujeres de los alrededores que se presentan.

En la trilla se da un interesante fenómeno de solidaridad comunitaria: una o dos docenas de niños febriles se agitan alrededor de cada trilladora, recogiendo para sí las briznas de lenteja sin trillar que caen al ser paleadas por el vielgo. Los dueños de la cosecha no se oponen a que los niños “hagan su luchita”. De esta manera un niño puede hacerse de 500 a mil pesos diarios, durante las tres o cuatro semanas que dura la trilla, tan sólo de barrer las briznas, “ventearlas” y pepenar la lenteja. Estos niños se hacen así de dulces o juguetes, pero incluso llegan a colaborar en el gasto familiar, si la familia está muy necesitada.

Otro aspecto de la solidaridad comunitaria es una institución tradicional muy antigua, pero que se sigue perpetuan-

do hoy: el “combate”. Este es un sistema de redistribución de bienes que efectúan los agricultores que vienen de cosechar, muy usual en las culturas campesinas en el mundo. Al término del proceso de pizca o cosecha, el beneficiario debe compartir parte de su producción con sus familiares y amigos: debe darles “combate”. Posiblemente el término venga de “convite”, que suena más adecuado. En Copándaro, esta tradición era muy respetada en tiempos de la hacienda; la parentela y amigos se presentaban en la casa del aparcerero que venía de cosechar a pedirle “combate” con una botella de Charanda de Uruapan; ésta se daba al cosechero y él correspondía con un bulto de mazorcas de “combate”. Con la lenteja ha habido cierta resistencia a seguir la costumbre, por el alto valor del producto. Ahora se da “combate” según la voluntad del dueño, pero se está limitando más y más a las gentes que ayudan en el momento de la trilla únicamente. Sin embargo, los cosecheros siguen estando obligados a “disparar” unas cervezas a sus peones y amigos en alguna de las tres “cantinas” instaladas en el patio de trilla; siempre suele desembocar en borrachera. La trilla es una verdadera fiesta donde se gasta a manos llenas entre amigos y parientes. La gente coincide en afirmar que desde la introducción de la lenteja se han reforzado las acciones a través de la organización comunitaria para conseguir buenos acuerdos con las entidades externas y entre los individuos al interior. Las trilladoras, por ejemplo, son contratadas a nivel comunitario, aunque sean pagadas individualmente por los cosecheros. Se ha pensado incluso en unir la producción de todos los ejidatarios y negociarla en bloque para lograr mejores condiciones, en mercados lejanos si es necesario. La comunidad agraria de Copándaro tiene fama de ser una de las mejor organizadas de la zona, como lo demuestran las numerosas empresas que la comunidad ha emprendido felizmente. La migración no ha creado desintegración; al contrario, fue propicia para el emprendimiento de acciones comunitarias y de solidaridad; esto se conjugó luego con la entrada de la lenteja para consolidar aún más el sentido gregario copandareense.

Otro de los efectos relevantes que ha tenido el nuevo cultivo sobre el conjunto de la comunidad ha sido una nueva

organización sexual y social del trabajo. La trilla implicó la necesidad de brazos. Los peones disponibles ponen sus condiciones y obtienen mejores retribuciones. El jornal en Copándaro —1 500 a 2 000 pesos a mediados de 1985— es más alto que en el resto del valle —mil pesos—. Los jovencitos, las mujeres y los viejos han tenido que hacerse cargo de parte del trabajo. Abundan las jóvenes que se contratan para diversas labores en el campo, atraídas por el salario; no son discriminadas pues se les paga lo mismo y a destajo. No son pocas las muchachas que se deciden incluso a irse de “mojadas” al norte. El efecto no hubiese sido el mismo si el cultivo comercial adoptado hubiera sido alguno muy mecanizado, como el sorgo o el trigo; la lenteja debe ser trabajada directamente por la mano del hombre.

Durante la trilla y los dos meses siguientes, Copándaro se ve invadido por comerciantes ambulantes de las ciudades cercanas. Con puestos en la calle, en camionetas o incluso a pie ofrecen multitud de artículos, muchos a crédito. Los comercios de Copándaro se surten al máximo también. Tampoco es raro que algún soltero se anime a casarse; las bodas se concentran durante la trilla y a fin de año, gracias a los recursos de la lenteja o a los dólares del norte.

En el pueblo existen medianos acaparadores de lenteja, que son intermediarios de los grandes acaparadores de Coeneo. Estos intermediarios no compiten entre sí, como tampoco lo hacen los acaparadores de Coeneo; el único medio que tienen para hacerse competencia es el crédito que conceden a los productores. Los intermediarios reciben préstamos de los grandes acaparadores, obligándose moralmente a venderles a ellos su grano. Los intermediarios a su vez prestan a los productores, amarrándolos. Si alguno no corresponde vendiendo su lenteja al que le prestó, pierde su fuente de financiamiento futura. Los acaparadores obtienen recursos del banco y prestan a los intermediarios con muy poca ganancia —del 5 al 10% mensual—; lo que les interesa es asegurar el grano. Los intermediarios prestan a su vez esos recursos a tasas más altas —del 10 al 15% mensual— pero con el mismo objetivo. Unos a otros se amarran por medio del crédito; la sanción social es únicamente el no acceso a éste.

Agricultura y migración

Por lo expuesto, podemos distinguir dos modalidades o “momentos” en la relación entre el proceso migratorio y la explotación agrícola. El primero: desde 1942 hasta el arribo de la lenteja, la migración aportó el grueso de los recursos para el desarrollo de Copándaro y su agricultura. Se invirtió en mejoras materiales e intelectuales, pero no se olvidó el campo, proveyéndosele de una infraestructura no planificada pero funcional a las necesidades de cada agricultor. El segundo momento vino luego que esa inversión redinamizó los cultivos tradicionales —maíz, trigo y garbanzo—, pero éstos no podían iniciar un proceso de acumulación capitalista ampliada por lo bajo de sus precios. El trigo y el garbanzo fueron abandonados. La introducción de la lenteja pudo hacer de la agricultura una actividad que se autofinanciase, con ella se inició el segundo momento: la agricultura se convertía en un negocio. Los recursos de la migración habían conseguido redinamizarla.

La hipótesis central es que existe una articulación ambidependiente entre la migración y la agricultura en esta comunidad. La agricultura se capitalizó gracias a los recursos del norte, pero en la actualidad se está presentando un fenómeno interesante: el nuevo cultivo y la nueva actividad pecuaria —los lechones— están facilitando recursos a las familias de los sectores de la población que no habían podido emigrar tanto —ejidatarios sobre todo— para que ahora lo hagan. Para irse al norte se necesita capital inicial y buenas relaciones personales; los ejidatarios no los tenían, ya que los primeros en emigrar fueron los que no alcanzaron tierras por conflictos internos en la comunidad. Sólo los “emigrados” ayudaban a irse para allá, pero sólo lo hacían con sus más cercanos. La agricultura comercial no ha desalentado la emigración; podría pensarse incluso lo contrario: sus recursos la han fomentado. El desarrollo de la agricultura copandareense está indisolublemente ligado a la migración. El cultivo de la tierra no generó por sí mismo una “burguesía” rural; la acumulación provino de otra parte: la migración. Desde una racionalidad capitalista, los recursos de los “emigrados” subsidiaron a la agricultura.

La redinamización agrícola de Copándaro no responde a una mentalidad empresarial de parte de los agricultores, sino de circunstancias de mercado que han facilitado una gran disponibilidad de recursos, pero de los cuales sólo una ínfima proporción serán reinvertidos en el mismo proceso productivo. No se ha dado aún la acumulación ampliada del capital en las unidades agropecuarias copandarenses, ni ejidales ni de pequeña propiedad. Tal vez la excepción sean unas pocas y recientes granjas criadoras de ganado, organizadas con visión de mercado.

La única inversión realmente productiva que con recursos de la lenteja se ha hecho es en el financiamiento de los nuevos emigrantes al norte. La agricultura no ha podido convertirse en auténtica opción económica que pudiese competir —e incluso sustituir— al trabajo en California. Ya vimos que con el dúo lenteja-maíz el campesino copandarenses sólo puede aspirar a 300 mil pesos anuales netos; la emigración le asegura esa cantidad —si se lleva a su familia— en sólo un mes. ¡Es mucha la diferencia!⁹

En realidad, los mayores beneficiarios del cultivo de la lenteja han sido los acaparadores e intermediarios, que sin mayores inversiones ni riesgos obtienen en conjunto más del 50% de la ganancia final del grano. Ellos pueden manipular el mercado con entera libertad, pues no tienen competencia. El copandarenses cree obtener grandes ganancias de su producción, que incluso denomina “oro verde”, pero son aquellos los que se quedan con la parte del león en el reparto.

Conclusiones

Los siguientes planteamientos tienen aún un carácter heurístico y operativo, resultado de una primera elaboración de los materiales de campo.

En Copándaro se ha producido una íntima integración entre la explotación agropecuaria y el proceso migratorio local. Ello fue determinado por el estancamiento de la agricultura en la zona luego del derrumbe del proyecto hacendario. El ejido no revitalizó inmediatamente la producción —no todo por su culpa— y la agricultura no se constituyó en la vía para el ascenso social y económico de los campesinos del

lugar. La migración, producto de una situación tanto estructural como coyuntural, nacional e internacional, favorable, sí abrió esa posibilidad. Los recursos que facilitó revitalizaron la vida económica del pueblo, inclusive la agricultura, en donde se invirtió en buena cantidad.

La migración financió a la agricultura en un primer momento. Esa actividad fue durante más de 20 años el único origen de recursos para la agricultura, que se manifestaron como tractores, animales, aperos, camionetas, bombas, fertilizantes, bodegas, etc. La explotación agrícola se revitalizó y adquirió una infraestructura que le permitió adoptar después, fácil y rápidamente, un cultivo realmente redituable: la lenteja. Este grano reforzó la posición de los ejidatarios —siempre sin recursos— frente a los migrantes. La lenteja proporcionó autosuficiencia financiera a la agricultura, pero lo más importante es que financió la migración en los sectores de la comunidad que no lo habían hecho por falta de medios.

La disponibilidad de recursos, brindados por un producto redituable como la lenteja, no ha frenado la migración en Copándaro. Al contrario: puede decirse que la ha fomentado. Esto debido a que la actividad migratoria sigue siendo mucho más provechosa que la agricultura, situación que tiende a perpetuarse.

Se observó, luego de la introducción de la lenteja, un *relevo* social y generacional de los migrantes. Anteriormente los ejidatarios eran el sector que menos emigraba, comparativamente al sector de los que se quedaron sin tierras. La lenteja les proporcionó los recursos para que sus hijos, la mayoría de los cuales no puede aspirar a terreno, se ganen la vida en el norte. También en el sector de los migrantes ha habido cambios: ya no van al norte los veteranos, pues la mayoría ya se establecieron en el pueblo y se dedican a otras actividades; son sus hijos los que ahora emprenden la aventura anual. La primera generación de migrantes, casi todos ellos sin tierras, se hicieron de ellas —pequeña propiedad— y las equiparon; también fueron los primeros en emprender el negocio de la cría de lechones a mediana escala; el comercio fue otra de sus alternativas. Sus descendientes tendrán aún menos acceso a la tierra, por lo que han optado por estudiar o

migrar al norte. La mayor parte de los migrantes legales se concentran en este grupo; los ilegales son en su mayoría ejidatarios o descendientes de éstos.

En Copándaro la migración está revestida de un gran prestigio. Puede decirse que esta actividad es ya una institución e incluso una especie de "rito de paso" para que los jóvenes aspiren a ser considerados hombres.

Por último podemos decir que los recursos que ha facilitado la lenteja no son producto de un desarrollo agrícola auténticamente empresarial, ya que no se ha dado un proceso de reinversión ni se ha prescindido del todo de los recursos de los migrantes. La situación de la agricultura copandareña es siempre coyuntural y depende de que el mercado de la lenteja no se derrumbe. La actividad agropecuaria se está dando en gran medida en razón de la migración: se cultiva no para volver a invertir en el campo, sino para que algún miembro de la familia pueda emigrar. No se trata, definitivamente, de una agricultura empresarial, sino netamente campesina. Los auténticos beneficiarios de la lenteja son los intermediarios, quienes están aprovechando una inversión en infraestructura procedente de la migración. Los beneficios que el copandareño recibe son modestos si se piensa en el capital que ha invertido para revitalizar su producción.

Zamora, Mich., agosto de 1985.

REFERENCIAS

- ALATORRE PADILLA, Jorge, Ing. "Estudio y operación del sistema de drenaje en la ciénega de Zacapu, Mich. (estudio preliminar)" en *Ingeniería Hidráulica en México*, vol. XX No. 4, SARH. Talleres Gráficos de la Nación. México. 1966.
- COPANDARO, Jefatura de Tenencia de. "Informe de datos generales de población, agropecuario y forestal, pesca, industrial, comunicaciones y transportes, comercio, asentamientos humanos, salud y seguridad social..." Mecanografiado. Archivo de la Tenencia Municipal de Copándaro. 22 de junio. 1978.

- CORREA PEREZ, Genaro. *Geografía del Estado de Michoacán*. Gobierno del Estado. Morelia. Tomo I. 1974.
- REYES, Cayetano. "Las tierras creadas del noroeste de Michoacán" en *Relaciones*, vol. III, No. 9 (invierno). El Colegio de Michoacán. Zamora. pp. 33-48. 1982.
- SARH. "Condiciones generales del distrito de riego No. 22". Mecanografiado. Distrito y unidades de riego 020. Morelia. 6 de junio. 1983.
- *Producción nacional agrícola. Anuario estadístico 1981*. DGEA. México. 1984a.
- "Reporte de cultivos y productividad". Mecanografiado. Subciclo de invierno, ciclo 1983/1984. 7a. unidad de riego y desarrollo, Zacapu. Zacapu. 1984b.

NOTAS

1. Si no se indica la fuente, la información es oral y fruto del trabajo de campo.
2. Antes, la fiesta más importante era la del 5 de mayo, conmemoración del nacimiento de Copándaro nuevo, pero el enorme volumen de población que se ausentaba por migrar al norte forzó a darle más peso específico al 20 de noviembre.
3. En 1984 Copándaro poseía 32 de los 185 tractores existentes en todo el distrito de riego, o sea el 17%.
4. En toda la región ocupa el 5º puesto por el número de aparatos después de Zacapu, Coeneo (45), Huaniqueo (44) y Jiménez (46).
5. Algunas personas emigraron a la ciudad de México, donde se concentraron en la colonia Providencia. No se supo de nadie que entrara a trabajar en las industrias de Zacapu.
6. En Copándaro se acostumbra pagar por destajo. Una "tarea" o "cuadro" es una fracción de terreno de 20 X 20 pasos dobles. Una hectárea tiene 10 "tareas".
7. Los precios, hasta 1983, fueron proporcionados por la 7a. Unidad de riego y desarrollo de la SARH, Zacapu.
8. Información de campo.
9. Un migrante más su familia —3 ó 4 personas— pueden ahorrar al año alrededor de 3 a 4 mil dólares: de 720 a 960 mil pesos al tipo de cambio de mediados de 1985.